

Nuevos retos del profesor de Misiones culturales hacia la formación en competencias

>Belem Castillo Castro

>María de Lourdes Luna Alfaro*

INTRODUCCIÓN

En México transitamos por las misiones culturales de los años veinte del siglo XX con el esquema vasconcelista, hemos sido escenario de confrontaciones religiosas a fines de los años veinte y la primera mitad de los años treinta, se ha pasado por proyectos radicales de integración nacional, por un plan que dio continuidad durante 11 años en la década de los sesenta, se ha vivido un contexto político autoritario con el conflicto estudiantil de 1968, y pasamos por la descentralización de la educación en década de los noventa. Hoy la consigna son las competencias, la adopción de un modelo educativo basado en competencias. Bien cabría preguntarnos, ¿los profesores misioneros están preparados para enfrentar el cambio?, ¿saben qué implica el modelo de enseñanza por competencias?, ¿cómo se pueden enseñar las competencias?

Hablar del profesor de “Misiones culturales mexicanas” es hablar de

varias décadas de labor educativa en este país. Su relación con la educación de adultos y su contribución para el desarrollo de las comunidades se ha demostrado al encarar los retos del progreso y buscar la felicidad del pueblo desde el hogar y la familia. Sabemos que cambiar la educación es un proceso difícil, pero es necesario implementar un nuevo modelo que asegure la educación de calidad, y donde cobra una especial importancia el papel del profesor-misionero y las competencias que el mismo posea, donde pueda ser competente para dominar otras habilidades que van más allá de ejercicio de transmisión del conocimiento.

En este artículo presentamos los resultados y las reflexiones que se han efectuados a partir de las propias percepciones acerca de la importancia que tienen las competencias docentes, en el profesor misionero, para lograr un proceso de formación en competencias en las Misiones culturales.

ANTECEDENTES Y DESARROLLO DE LAS MISIONES CULTURALES

En el año de 1921 el campo mexicano se encontraba abandonado, la lucha armada había diezmado a la población, y la guerra (1910-1920) terminó con la infraestructura económica. Los ideales revolucionarios del reparto agrario y la justicia social estaban lejos de hacerse realidad. Abandono, tristeza y hambre eran comunes en las comunidades rurales, mestizas e indígenas. Situación poco propicia para fundar escuelas y encontrar maestros que ayudaran a la gran labor de reconstrucción y a mejorar las condiciones de vida de miles de campesinos pobres en todo el país. Ante este panorama el primer secretario de Educación Pública de México, José Vasconcelos (1921), en su trabajo en favor de la educación del país inició la primera campaña contra el analfabetismo, instaló las escuelas rurales y nombró a los primeros misioneros.

25
Cinzontle

* Maestras en educación y profesoras-investigadoras de la DAEA, UJAT.

26 Cinzontle

Las “misiones culturales” fueron fundadas oficialmente en octubre de 1923, por el presidente general Álvaro Obregón (Gámez, 1993), siendo el primer Jefe de misión el distinguido profesor Rafael Ramírez. El primer problema con que se enfrentaron los encargados de la educación en el periodo posrevolucionario fue el de la selección y formación de maestros rurales, y el segundo fue decidir qué era lo que habían de enseñar. Para resolver ambos problemas y poder llevar la educación a las regiones rurales se redactó el programa de las misiones culturales (Hughes, 1951:11).

El misionero realizaba visitas a los centros rurales y en forma especial las comunidades indígenas, de estas visitas rendían informes a las autoridades educativas y trataban de reclutar maestros rurales para destinarlos a las poblaciones más necesitadas; el profesor-misionero debía contar con conocimientos sobre las condiciones de vida de la población, dominar el idioma nativo de la región y tener conocimientos pedagógicos suficientes para capacitar y entrenar adecuadamente a los maestros que reclutara en diferentes trabajos manuales.

La escuela rural no podría haber logrado su misión educativa si los maestros no hubieran basado su enseñanza en los trabajos manuales, tales como el cultivo de la tierra y las variadas pequeñas industrias y ocupaciones que se derivan de la agricultura; si los maestros no hubieran aprovechado las aptitudes de los niños, encauzándolas convenientemente para procurar hábitos de cooperación y de trabajo, y si no hubieran llegado a entender cuál era la verdadera misión de la escuela.

En el año de 1925 la Secretaría de Educación Pública declaraba: que la Misión Cultural es un cuerpo docente de carácter transitorio que desarrolla una labor educativa en cursos breves para maestros y particulares:



Serie: Piñatera.

Cada misión será una escuela ambulante que se instalará temporalmente en los centros de población en que predominen los indígenas, ocupándose del mejoramiento profesional de los maestros, en ejercer influencia civilizadora sobre los habitantes de la región, despertando interés por el trabajo, creando capacidad necesaria para explotar oficios y artes industriales que mejoren su situación, enseñando a utilizar los recursos locales e incorporándoles lenta pero firmemente a nuestra civilización.

Los maestros formados en las misiones culturales carecían frecuentemente de base profesional, pero la suplieron con su ardiente celo por transformar sus comunidades mediante el trabajo y la acción. Fue por esta razón que se organizaron

frecuentemente los llamados “Institutos”. Se puede decir que el año de 1926 señala la iniciación del florecimiento de las misiones culturales, en esa época se establece la Dirección de Misiones, y al año siguiente se realizaron los primeros cursos de perfeccionamiento especiales para misioneros.

Durante 1933 y 1934, las Misiones culturales quedaron adscritas a las Escuelas Normales Rurales y Centrales Agrícolas, por lo que la labor misionera se concentró en los maestros y comunidades que formaban la zona de influencia de dichas instituciones. En 1934, el general Lázaro Cárdenas al frente del Ejecutivo determinó que la educación tuviera una orientación hacia *la escuela activa y utilitaria*, en la que el niño y el adulto aprenden

dieran haciendo y que los conocimientos adquiridos les sirvieran de medios de subvenir a sus necesidades y de mejorar sus condiciones económicas.

Es la época de la educación socialista impartida por el Estado, educación laica que combate el fanatismo y todo tipo de prejuicios. En este lapso, la gente de las Misiones culturales desempeñó un importante papel organizado y orientó la política del régimen, sin embargo, el Gral. Lázaro Cárdenas suspende las Misiones culturales en 1938 al considerarlas “brigadas de choque revolucionario” (Sierra, 1973).

Hasta 1942 existió una relación muy estrecha, entre las Misiones culturales y la Escuela Rural Mexicana, para atender las necesidades educativas de los indígenas y campesinos más pobres. Pero a partir de ese año, estos sistemas se separaron al restablecerse las misiones como un programa extraescolar y de extensión. En 1947 se constituyó la Dirección General de Alfabetización y Educación Extraescolar, a la que se adscribieron las misiones culturales con función específica de agencias de educación extraescolar, para procurar el mejoramiento integral de la comunidad (Sierra, 1973:17).

En los años de la posguerra surge el concepto “educación fundamental” y se establecen programas y acciones bajo su finalidad y filosofía. Este concepto hace referencia a un amplio número de actividades educativas que se concentran en cinco áreas específicas: 1) economía general de las comunidades, que comprendía: técnicas agrícolas y pecuarias, cooperativismo, crédito agrícola, etc.; 2) educación para el hogar; 3) educación para la salud; 4) teatro y recreación, y 5) conocimientos básicos.

Para 1981 se crea el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, entonces las Misiones culturales pasan a depender de la Unidad de Centros de Educación

Básica para Adultos. En 1983 las Misiones reciben un nuevo impulso, con el que terminan su tránsito por los años ochenta. “Actualmente existen 226 Misiones Culturales con diez elementos cada una, encargándose uno de ellos de la Educación Básica para Adultos” (Pérez, 1993).

Actualmente las Misiones culturales son servicios educativos de educación extraescolar que promueven el mejoramiento económico, cultural y social de las comunidades rurales y suburbanas marginadas. Previo estudio socio-económico, y de común acuerdo con autoridades municipales, las misiones culturales se establecen en comunidades de 200 a 500 habitantes, durante un periodo de 2 a 4 años lectivos. El personal (misioneros) se establece en la comunidad y ofrece capacitación en carpintería, albañilería, música, herrería, mecánica, electricidad, belleza, y otros talleres, así como alfabetización a toda la población adulta, con el objetivo de promover el mejoramiento económico, cultural y social de los habitantes de las comunidades del medio rural, a través de la capacitación para el trabajo, alfabetización y educación básica. “Después de más de 80 años de historia y labor educativa las Misiones Culturales, a pesar de los cambios y transformaciones que han tenido, hoy día continúan con el mismo espíritu y fuerza que les dio origen.”

EL PROFESOR MISIONERO ANTE EL MODELO BASADO EN COMPETENCIAS

Actualmente México enfrenta un mundo globalizado, una acelerada evolución del conocimiento y vertiginosos cambios en los procesos tecnológicos y productivos a nivel mundial, todo esto demanda una política educativa con capacidad para enfrentar una diversidad de situaciones que generen diferentes tipos de interrelación en cuestiones

educativas, sociales y económicas y a su vez se hacen necesarias las reformas en los sistemas educativos por diferentes medios que motiven la innovación y la creatividad. En este sentido y ante las recomendaciones de diferentes organismos internacionales, se debe implementar el modelo curricular basado en competencias en los diferentes niveles y modalidades educativas de nuestro país, entre ellas en las Misiones culturales.

Pero ¿en qué consiste este modelo educativo basado en competencias?, ¿qué son las competencias?, y ¿cuál es el papel del profesor-misionero ante la formación en competencias? Tratando de dar respuesta a las interrogantes antes planteadas, podemos decir que ante las demandas generadas en el contexto de la globalización, surge en Inglaterra el Modelo Educativo Basado en Normas de Competencias (EBNC) que a fin de responder a las nuevas exigencias propone una educación flexible, abierta y estrechamente relacionada con los sectores productivos.

La educación basada en competencias (Holland, 1966:97) se centra en las necesidades, estilos de aprendizaje y potencialidades individuales para que el alumno llegue a manejar con maestría las destrezas señaladas por la industria. Formula actividades cognoscitivas dentro de ciertos marcos que respondan a determinados indicadores establecidos y apunta que deben quedar abiertas al futuro y a lo inesperado.

Entendemos como “competencia” a la combinación dinámica de atributos –respecto al conocimiento, a su aplicación, a las actitudes y responsabilidades– que describe los resultados del aprendizaje de un proceso educativo, o cómo los aprendices son capaces de actuar al final de un proceso educativo. Distingue competencias específicas en un campo de estudio y competencias genéricas (comunes y transferibles) (Proyecto Tuning, 2003).

Por su parte, Cesar Coll (2009) señala que la competencia tiene que ser integral, práctica, debe estar fincada en la vida real y sobre todo contextualizada. Por su parte Pérez Gómez A. (2007) enfatiza que nunca se debe asumir la competencia en forma mecanicista, sino en forma compleja, abierta y holística. En las competencias se involucran cuestiones como los hábitos, los afectos, la socialización, el compromiso, las tareas para la vida.

Para Pozo, (2008) la competencia es: "Un conjunto de recursos potenciales (saber qué, saber cómo y saber cuándo y por qué) que posee una persona para enfrentarse a problemas propios del escenario social en el que se desenvuelve".

Al respecto Perrenoud P. (2004) nos dice que el concepto de competencias no es algo acabado, es un concepto en construcción que hay que tomar con mucho cuidado, principalmente cuando lo llevamos a la educación. De ahí que las autoridades educativas deben ser muy claras en su discurso y en la formación hacia los maestros.

Hablar de ser competentes es ampliar nuestra red conceptual de saberes, tanto pedagógicos como de contexto y de organización de nuestros centros de trabajos. Es claro que la implementación del currículo por competencias requiere un cambio en la dimensión de la práctica docente, un cambio en el papel del profesor-misionero requiere de un maestro que esté dispuesto a incorporar nuevos elementos a su práctica docente, que le permitan desarrollar conocimientos con el alumno (adulto), habilidades de comunicación y principalmente que se conforme una conciencia social. Sabemos que en su mayoría los maestros misioneros no cuenta con una amplia formación profesional, pero es notorio el ardiente celo por transformar sus comunidades mediante el trabajo y la acción. Es importante recordar que el propósito que persiguen las Misiones

culturales no es crear profesionales ni trabajadores expertos, sino ciudadanos capaces de mejorar las condiciones de vida en sus hogares y en la sociedad (Hughes, 1951).

La tarea no es fácil, para el maestro misionero significa un verdadero reto trabajar las competencias en la comunidad, su alcance, su contexto, las diferencias en los alumnos, el uso de recursos, el establecer estrategias didácticas adecuadas, la recuperación de experiencias y por si fuera poco, cómo recuperar todo ello para planear el desarrollo de las competencias y cómo evaluar los logros de los alumnos.

Aunque el currículo por competencias es algo reciente, en los términos de la pedagogía no significa que no se haya trabajado en las misiones culturales. Posiblemente no se ha llevado a cabo de manera articulada y secuenciada, si bien, el objetivo de las mismas es que los conocimientos que logren los alumnos sean aplicados en su vida diaria, que se desarrollen habilidades y que asuman una responsabilidad que conduzca al bienestar personal y al desarrollo de la comunidad. En este sentido, cabe reconocer que la función social de las Misiones culturales, a través de la acción interdisciplinaria de los maestros misioneros, busca la participación de los habitantes rurales, para que analicen sus inquietudes y así ocasionen la superación que los transforme cultural, social, económica y políticamente con el objeto de que alcancen su desarrollo integral.

Centrar el trabajo en competencias, en las misiones culturales implica que el misionero diseñe situaciones didácticas, establezca desafíos para que los adultos avancen paulatinamente en sus niveles de logro (que piensen, que se expresen por distintos medios, que propongan, que distingan, que expliquen, que cuestionen, que comparen, que trabajen en colaboración, que manifiesten actitudes favorables hacia el trabajo y la convivencia, etc.) para que

aprendan más de lo que ya saben acerca del mundo y para que sean personas cada vez más seguras, autónomas, creativas y participativas; aquí es donde entra ese compromiso docente en el que se requiere investigación e innovación en la práctica docente, para lograr el desempeño óptimo de los estudiantes.

Estamos plenamente convencidos de que si bien el reto es grande, el profesor-misionero lo enfrentará con dedicación y entrega, esto se puede apreciar en lo expresado por Hughes (1951:105):

La función social obtiene mejores resultados en el impacto entre los campesinos, valiendo más que muchos programas y proyectos a mediano o largo plazos. Tarea en la que el maestro misionero demuestra vocación y espíritu de servicio, preparación, experiencia y sensibilidad, ganándose la confianza de la gente del campo como líder y agente de cambio social, enseñando en forma práctica a los adultos a convivir con la comunidad, a asimilar conocimientos, habilidades y aptitudes, y llevándolas a ser autosuficientes e independientes.

Asumir este nuevo modelo educativo demanda al profesor un compromiso ético que debe contar con una capacidad asertiva de disposición al cambio; que requiere de aptitudes, como capacidad para analizar, tener un pensamiento crítico y reflexivo, imaginación para pensar que las cosas se pueden transformar y que se tendrán que reinventar, así como la capacidad de asumir los desafíos que se presentan cada día. Requiere también del saber hacer, es decir de contar con un proyecto educativo, con una planificación estratégica de sus acciones educativas.

CONCLUSIONES

El papel social del educador, del misionero, para propiciar el desarrollo de la sociedad rural, ha quedado claramente demostrado en el desarrollo económico y social de

Ante una sociedad con una rápida evolución del conocimiento, requerimos entonces de un pensamiento de renovación permanente

las diferentes comunidades en las que se han asentado las misiones culturales, a lo largo de más de 80 años.

El programa de Misiones culturales ha demostrado que está enraizado en una necesidad real y auténtica de nuestra sociedad, en el que es necesario proponer metas de renovación y actualización sin perder de vista la esencia fundamental de las Misiones culturales, que es la de impulsar el desarrollo social y cultural de las comunidades.

En las Misiones culturales, el profesor-misionero ha sido un valioso instrumento de intervención en la solución de los problemas educativos, económicos y sociales de los hombres y mujeres del medio rural. Por eso, hoy en día los misioneros continúan su labor de enseñar el alfabeto, artes y oficios y continúan colaborando con las comunidades para mejorar sus condiciones de vida.

Ante los retos que el profesor-misionero debe enfrentar para adoptar el modelo curricular basado en competencias, debe empezar por buscar sus propias competencias, determinar si puede dar respuestas a lo que le demanda la sociedad. Las autoridades educativas deben procurar la actualización de los profesores misioneros, quienes son los encargados de llevar adelante –en las circunstancias actuales y con los recursos que proporciona la sociedad– la noble y ambiciosa

meta del programa original de las Misiones: llevar la cultura a todos. Ante el planteamiento de ¿qué se requiere, para la adopción en misiones culturales, de este modelo basado en competencias? En primer lugar consideramos que se debe proporcionar a los profesores-misioneros una amplia formación sobre la educación basada en competencias, a fin de que sean capaces de buscar respuestas prácticas que faciliten a sus alumnos el logro y la aplicación de conocimientos, el desarrollo de habilidades, de valores y actitudes.

Se debe incluir en este proceso de formación los aspectos planteados por diferentes autores (Perrenoud, P., 2004; Zabalza, M., 2007), en relación con las competencias docentes que el profesor debe poseer, a fin de que el profesor misionero pueda reconocer aquéllas que debe desarrollar.

Es importante también que en esta formación se ayude a desterrar la idea de que la educación de los adultos es similar a la educación que recibe el niño en las escuelas; la experiencia en el trabajo con adultos y la andragogía plantean principios básicos y recomendaciones que los misioneros deben considerar al trabajar con adultos, sean hombres, mujeres, jóvenes o ancianos.

Se deben desarrollar estos procesos educativos con una clara visión de la educación de calidad y un mejor reconocimiento del papel que juega el maestro, y así proporcionarle un proceso de formación continua, acorde a sus características, que no sólo incluya aspectos psicopedagógicos sino además contemple conocimientos que le ayuden a contribuir en el beneficio de la comunidad.

Por otra parte, no basta con formar al profesor-misionero sino que además hay que proporcionar los recursos necesarios a las misiones culturales para que puedan implementar las diferentes capacitaciones que sean requeridas en la

comunidad, así como las diversas actividades cívicas, culturales y recreativas, además de apoyar a la comunidad en las diferentes acciones que se reflejen en un beneficio económico de la comunidad.

Finalizamos señalando que ante una sociedad con una rápida evolución del conocimiento, requerimos entonces de un pensamiento de renovación permanente, de una misión cultural, que además de proporcionar capacitación para el trabajo y alfabetización, enseñe a aprender, enseñe a reflexionar, enseñe a ser crítico; lo cual demanda de maestros comprometidos, con un comportamiento ético y profesional, con actitudes congruentes en su ser y en su actuar, con la firme convicción de que es necesario continuar en un proceso de formación constante, para ser cada día un “mejor misionero”.

BIBLIOGRAFÍA

- Coll, C. (2009). “Seminario sobre Reforma integral de la educación básica en México”, Madrid.
- Gámez Jiménez, L. (1993). “Las misiones culturales y la Escuela Rural Mexicana”, en Educación. *Revista del Consejo Nacional Técnico de la Educación*, núm. 47.
- Hughes, Lloyd H. (1951). *Las misiones culturales mexicanas y su programa*, París, UNESCO.
- Perrenoud, P. (2004). *Diez nuevas competencias para enseñar*, Barcelona, Graó.
- Pozo, J.I. y Monereo C. (2008). *Competencias para (con) vivir en el siglo XXI*, Monográfico, cuadernos de pedagogía. Universidad Autónoma de Madrid.
- Proyecto Tuning (2003). *Tuning Educational Structures in Europe*. Informe final, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Sierra, Augusto S. (1973). *Las misiones culturales*, México, Secretaría de Educación Pública (Sep/setentas, núm. 113).
- Zabalza, M.A. (2007). *Competencias docentes del profesorado universitario: calidad y desarrollo profesional*, Madrid, Narcea, Colección universitaria.